



JULIAN MARTÍNEZ.

CAPITULO XXVI.

Julián Martínez.

Estaba ya oscureciendo cuando llegaron el General Díaz y su escolta, compuesta del guía Francisco Hernández, y de su sirviente particular Julián Martínez, ambos indios de Oaxaca, al campamento del Coronel Bernardino García en las montañas de Guerrero.

Estos dos hombres que acompañaron al General Díaz en esta ocasión, merecen que se les mencione especialmente; pues no sólo le fueron siempre muy adictos, sino que por mucho tiempo vivieron con la familia Díaz como parte integrante de la misma.

Como Martínez estaba en calidad de sirviente personal del Comandante en Jefe del Ejército del Este, durante su segunda prisión en Puebla, y como era el medio de comunicación entre el General Díaz y sus amigos, quienes ansiaban verlo libre, es para el biógrafo, el sujeto más interesante de los dos adláteros del General.

Martínez, que sirvió al General Díaz durante todo el tiempo de las guerras del imperio, desde 1863 hasta 1867, era hombre rudo, ignorante y poco culto; pero en cambio poseía cierta astucia y agudeza, que la devoción á su amo aguzaban prodigiosamente. Por lo que se sabe, nunca se alistó como soldado, ni nunca pretendió de tal; y su único motivo para permanecer constantemente en el ejército, no era otro, sino el ser sirviente personal del comandante en jefe.

Durante varios meses Martínez llevó los mensajes que se cruzaron entre el General Díaz y los jefes liberales el año de 1865, y fué él quien proporcionó al General las cuerdas que le hicieron posible escaparse de la prisión. También fué él quien arregló todo lo concerniente á caballos y proveyó todo lo necesario para asegurar la fuga, y quien mandó aviso á Benardino

García para que aguardara al General Díaz en la mañana del 16 de Septiembre; lo que nunca llegó á tener lugar, por haber sido materialmente imposible efectuar la fuga en esa noche.

A muchos peligros se exponía Martínez llevando estos mensajes del General Díaz á sus amigos fuera de la prisión; pero simulaba tal aire de estupidez, que apartaba toda clase de sospechas del General Thum y de los oficiales y centinelas franceses que tenían á su cargo la guardia del distinguido prisionero liberal.

Aunque el General Díaz tenía la mayor confianza en la honradez y fidelidad de Martínez, y aunque en otras ocasiones le había confiado comisiones de gran importancia; procuró ocultarle que era él quien trataba de fugarse, temiendo que el mismo cariño de su fiel criado, en su ansiedad por servirlo, pudiera traicionar por alguna indiscreción su secreto. Por lo cual, le hizo creer que era un amigo suyo el que deseaba fugarse de la prisión, y que era de gran importancia á la causa liberal que tuviera éxito la empresa.

Como Martínez, además de su devoción al General Díaz, era liberal á toda prueba, coadyuvó con la mejor voluntad á llevar á debido efecto los deseos y planes de su amo. Trabajó con fe ciega, y no fué sino hasta que encontró al Comandante en Jefe del Ejército del Este en casa de un amigo del último, en la noche de la fuga de la prisión, que él supo que había estado todo el tiempo ayudando á su amo á obtener la libertad. Entonces fué su placer inmenso. Era el placer puro de una alma sencilla, que no se daba cuenta de que ese día había servido de la manera más señalada á la causa liberal, y que había servido á su país tan bien ó mejor que muchos que ostentaban orgullosamente altas decoraciones militares; pues humilde é ignorante como era Julián Martínez, le debe mucho la causa liberal por la parte que tomó en la liberación del General Díaz, quien estaba destinado á ser pronto motivo de la mayor inquietud para el Gobierno de Maximiliano.

CAPITULO XXVII.

Se pone á precio su cabeza.

Tan luego como se supo la fuga del General Díaz de su prisión en Puebla, el Conde de Thum ofreció en el acto una fuerte recompensa por su captura, muerto ó vivo; y ésto se hizo saber en todos los Estados del Sur y del Oeste, donde era probable que tratara de ocultarse el fugitivo general, y así, todos los jefes políticos de los departamentos de los Estados lo publicaron por bando. Tenemos pues, que muy al principio de su carrera, este distinguido hombre público se vió perseguido como fugitivo y con su vida puesta á precio.

Tenía entonces el General Díaz treinta y cinco años de edad: estaba pues en lo mejor de la vida, teniendo ya gran experiencia en la guerra y en el conocimiento de los hombres, y perfectamente informado de las condiciones y recursos de su país; conocimientos todos, que pocos hombres llegan á adquirir aún á edad doble de la que él tenía. Era hombre de gran habilidad, atrevido en extremo y que no conocía lo que quería decir miedo.

Mil pesos parecen poco precio para ofrecer por la cabeza de un jefe militar de la importancia del Comandante en Jefe del Ejército del Este; pero debe tomarse en consideración las circunstancias que prevalecían en ese tiempo en los distritos rurales de México; pues entonces, aún más que hoy, mil pesos eran casi una fortuna no imaginada para los soldados é indios entre los que Díaz se mantenía oculto. Y una gran prueba de su popularidad entre esa gente es, que ninguno de aquellos en quien alguna vez se confió, intentó jamás traicionarlo.

El mismo General Díaz dice que el Coronel García tenía arreglado un sistema de alarma para protegerse contra cualquier sorpresa, sistema que era